

P. L. Travers

Mary Poppins
Vuelve Mary Poppins

Ilustraciones de Mary Shepard
Traducción de Borja García Bercero

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Mary Poppins* (1934)
Mary Poppins Comes Back (1935)

Primera edición: 2018
Segunda edición: 2020

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsuarez.com
Imágenes: Shutterstock/alfaori

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para *Mary Poppins*:

© Copyright 1934 by the Trustees of the P. L. Travers Discretionary Will Trust

Para *Vuelve Mary Poppins*:

© Copyright 1935 by the Trustees of the P. L. Travers Discretionary Will Trust

© de la traducción: Borja García Bercero, 2002

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid



www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-957-8

Depósito legal: M. 5.323-2020

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Mary Poppins

A mi madre,
1875-1928



1. El viento del este

Si queréis encontrar la calle del Cerezo, lo único que tenéis que hacer es preguntar al guardia que hay en el cruce. Cuando lo hagáis, se ladeará un poco el casco, se rascará pensativamente la cabeza y, señalando con un enorme dedo, enfundado en un guante blanco, os dirá:

–La primera a la derecha, luego la segunda a la izquierda, después otra vez a la derecha, y ahí está. Buenos días.

Y podéis estar seguros de que si seguís al pie de la letra sus instrucciones, *ahí* estaréis: en plena calle del Cerezo, con su hilera de casas a un lado, el parque al otro y, en medio, los cerezos que bailan mecidos por la brisa.

Si andáis buscando el número diecisiete –y lo más probable es que así sea, pues todo este libro trata precisamente de esa casa–, bien pronto lo encontraréis. En primer lugar, porque es la casa más pequeña de toda la calle. Y, además, porque es la única que está un tanto destartalada y a la que no le vendría nada mal una buena mano de pintura. Ocurre que el señor Banks, su dueño, le dijo un día a la señora Banks que podía tener una casa bonita, limpia y cómoda o cuatro hijos. Pero no las dos cosas, porque no se lo podían permitir.

Y la señora Banks, tras pensárselo un poco, llegó a la conclusión de que prefería tener a Jane, que era la mayor, a Michael, que era el siguiente, y a John y a Barba-

ra, que eran gemelos y fueron los últimos en llegar. Así quedaron las cosas, y, por eso, los Banks se mudaron al número diecisiete, junto con la señora Brill, para que se ocupara de hacerles las comidas; Ellen, para que pusiera la mesa, y Robertson Ay, para que cortara el césped, limpiara los cuchillos, sacara brillo a los zapatos y, como solía decir el señor Banks, «malgastara su tiempo y mi dinero».

Y además, por supuesto, estaba tata Katie, aunque la verdad es que no se merece salir en este libro, porque en la época de la que estoy hablando acababa de irse del número diecisiete.

–Sin pedir permiso ni avisar. ¿Qué voy a hacer ahora? –dijo la señora Banks.

–Poner un anuncio, cariño –dijo el señor Banks, mientras se calzaba–. Y, por cierto, ya podía Robertson Ay irse también sin avisar, porque ha vuelto a limpiar una bota y la otra ni la ha tocado. Va a parecer que ando desnivelado.

–Eso no tiene ni la más mínima importancia –dijo la señora Banks–. Aún no me has dicho qué voy a hacer con tata Katie.

–No veo que puedas hacer gran cosa, dado que ha desaparecido –replicó el señor Banks–. Pero, de ser yo quien... bueno, quiero decir que lo que yo haría sería mandar a alguien a que pusiera un anuncio en el *Morning Star*, diciendo que Jane y Michael, y John y Barbara Banks, por no decir nada de su madre, necesitan la mejor niñera posible por el salario más bajo posible, y que la necesitan ya. Luego me sentaría a esperar a que las niñeras fueran haciendo cola frente a la puerta de entrada y me enfadaría mucho con ellas por haber interrumpido el tráfico y haberme obligado a darle al guardia un chelín de propina por todas las molestias que le habían

causado. Bueno, yo me tengo que ir. ¡Caray, si hace más frío que en el Polo! ¿De dónde sopla el viento?

Y mientras lo decía, el señor Banks asomó la cabeza por la ventana y miró calle abajo en dirección a la esquina donde se encontraba la casa del almirante Boom. Era la casa más imponente de la calle, y la calle entera se sentía muy orgullosa de ella, porque estaba construida igual que si fuera un barco. Tenía un mástil en el jardín y una veleta dorada en forma de catalejo en el tejado.

—¡Ajá! —dijo el señor Banks, volviendo a meter rápidamente la cabeza—. El catalejo del almirante señala viento del este. Justo lo que yo pensaba. Tengo el frío metido en los huesos. Me pondré dos abrigos.

Y tras besar distraídamente a la señora Banks en un lado de la nariz y decir adiós a los niños con la mano, se marchó a la *City*.

La *City* era un lugar al que el señor Banks iba todos los días —excepto los domingos y los días de fiesta, por supuesto—, y el tiempo que estaba ahí lo pasaba sentado en una gran silla, delante de una gran mesa de despacho, haciendo dinero. Se pasaba el día entero recortando peniques y chelines, medias coronas y monedas de tres peniques. Y cuando acababa, se los traía a casa en una cartera negra. A veces les daba a Jane y a Michael algunas monedas para sus huchas, pero cuando no podía desprenderse de ninguna, les decía, «el banco ha quebrado», y así se enteraban de que aquel día no había hecho mucho dinero.

Así pues, el señor Banks se fue con su cartera negra, mientras que la señora Banks se metió en el salón y se pasó el resto del día escribiendo cartas a los periódicos, rogándoles que le enviaran cuanto antes algunas niñas, porque ella ya las estaba esperando. Entretanto, en el piso de arriba, Jane y Michael, asomados a la ventana



del cuarto de los niños, se preguntaban quién vendría. Se alegraban de que tata Katie se hubiera marchado, porque nunca les había caído bien. Era vieja y gorda y siempre olía a agua de cebada. Cualquiera cosa, pensaban, sería mejor que tata Katie, e incluso *mucho* mejor.

Cuando el sol comenzó a ponerse por detrás del parque, la señora Brill y Ellen subieron a darles la cena y a bañar a los gemelos. Después de cenar, Jane y Michael se quedaron sentados junto a la ventana para ver venir al señor Banks, mientras escuchaban el sonido que hacía el viento del este al soplar entre las ramas desnudas de los cerezos de la calle. Envueltos en penumbra, los árboles se retorcían y se doblaban, como si

se hubieran vuelto locos y fueran a arrancarse de raíz de tanto bailar.

–¡Ahí viene! –dijo Michael, señalando de pronto hacia una figura que había chocado contra la verja. Jane trató de distinguir algo en medio de la creciente oscuridad.

–Ése *no* es papá –dijo–. Es otra persona.

Zarandeada y doblada por la fuerza del viento, la figura levantó el pasador de la verja, y entonces los niños vieron que se trataba de una mujer, que iba sujetándose el sombrero con una mano y agarrando una bolsa con la otra. Mientras la observaban, Jane y Michael vieron ocurrir algo verdaderamente chocante. En cuanto aquella figura estuvo dentro del jardín, el viento pareció levantarla por el aire y lanzarla contra la puerta de la casa. Era como si después de haberla arrojado contra la verja, hubiera esperado a que la abriera para cogerla de nuevo en volandas y lanzarla, bolsa incluida, contra la puerta. Los niños, que no perdían detalle, oyeron un tremendo estruendo y, mientras la mujer aterrizaba, la casa entera se estremeció.

–¡Qué cosa más rara! ¡Nunca había visto nada igual! –dijo Michael.

–¡Vamos a ver quién es! –dijo Jane, y cogiendo a Michael del brazo, le apartó de la ventana de un tirón y le arrastró por las habitaciones de los niños hasta llegar al descansillo. Desde allí siempre tenían una buena vista de todo lo que ocurría en el recibidor.

Al cabo de un rato, vieron salir a su madre del salón, seguida de una visita. Jane y Michael alcanzaron a ver que la visita tenía el pelo negro y brillante («igualito que el de una muñeca holandesa de madera», dijo Jane en un susurro). Y que era delgada, de manos y pies grandes, y con unos ojos azules que parecían escrutarlo todo.



Iba sujetándose el sombrero con una mano y agarrando una bolsa con la otra.

–Ya verá que son unos niños encantadores –estaba diciendo la señora Banks.

Michael le dio un fuerte codazo a Jane en las costillas.

–Y que no dan ninguna guerra –prosiguió la señora Banks con un tono dubitativo, como si ella misma no se creyera lo que estaba diciendo.

Oyeron cómo la visita daba un resoplido, dando a entender que ella *tampoco* se lo creía.

–En cuanto a sus referencias... –continuó la señora Banks.

–Tengo por principio no dar nunca referencias –dijo la otra mujer con tono firme. La señora Banks la miró fijamente.

–Creía que era lo habitual en estos casos –dijo–. Quiero decir que... tenía entendido que siempre se hacía.

–En *mi* opinión se trata de una idea anticuada. *Muy* anticuada. Completamente desfasada, por así decirlo –le oyeron decir con voz severa.

Pues bien, si había algo que a la señora Banks no le hacía ni pizca de gracia era que la tuvieran por anticuada. Simplemente, no lo podía soportar. Así es que se apresuró a decir:

–Está bien. No tiene ninguna importancia. Si se lo pregunté fue por si acaso usted, ejem, lo prefería. Las habitaciones de los niños están en el piso de arriba... –Y abrió la marcha hacia las escaleras, sin parar de hablar ni un solo instante. Y fue precisamente por eso por lo que la señora Banks no se dio cuenta de lo que ocurría a sus espaldas, pero Jane y Michael, que lo observaban todo desde el descansillo, pudieron ver con toda claridad una cosa increíble que hizo entonces la visita.

Como es natural, siguió a la señora Banks escaleras arriba, pero no lo hizo de la forma acostumbrada. Agarrando su enorme bolsa con ambas manos, se sentó en

la barandilla y, con mucho garbo, se deslizó *hacia arriba* y llegó al descansillo al mismo tiempo que la señora Banks. Eso era algo, Jane y Michael estaban seguros de ello, que no se había visto nunca. Hacia abajo sí, ellos mismos lo habían hecho miles de veces, pero... ¿hacia arriba? Jamás. Se quedaron mirando con curiosidad a tan extraña visitante.

–Bien, entonces todo está arreglado –dijo la madre de los niños, dando un suspiro de alivio.

–Completamente. Siempre y cuando, claro está, yo esté contenta –repuso la otra mujer, secándose a continuación la nariz con un gran pañuelo blanco y rojo.

–Pero niños, ¿qué hacéis ahí? –dijo la señora Banks, al notar de pronto su presencia–. Ésta es Mary Poppins, vuestra nueva niñera. Jane, Michael, decid hola. Y éstos... –dijo, lanzando un saludo con la mano a la cuna donde estaban los bebés– son los gemelos.

Mary Poppins los fue observando a todos de uno en uno, como si tratara de decidir si le gustaban o no.

–¿Le valemos? –dijo Michael.

–Michael, no seas maleducado –dijo su madre.

Mary Poppins siguió observando atentamente a los cuatro niños. Luego, con un sonoro y prolongado resoplido, que parecía indicar que había tomado una decisión, dijo:

–Me quedo con el puesto.

–Cualquiera hubiera dicho que nos estaba haciendo un gran honor –le dijo más tarde la señora Banks a su marido.

–Bueno, puede que sí –dijo el señor Banks, asomando un instante la nariz por detrás del periódico, para luego volver a retirarla de inmediato.

En cuanto se fue su madre, Jane y Michael empezaron a arrimarse poco a poco a Mary Poppins, que per-

manecía quieta como una estatua y con los brazos cruzados.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Jane—. Parecía como si el viento te hubiera traído en volandas.

—Y así es —respondió escuetamente Mary Poppins. Acto seguido se desenrolló la bufanda y se quitó el sombrero, dejándolo colgado de uno de los postes de la cama.

En vista de que Mary Poppins no parecía dispuesta a decir nada más al respecto —aunque no paraba de dar resoplidos—, Jane decidió permanecer también en silencio. Pero cuando Mary Poppins se inclinó para deshacer su bolsa, Michael ya no pudo contenerse más.

—¡Vaya bolsa más rara! —dijo; y acercándose a la bolsa, le dio un pellizco.

—Es de alfombras —dijo Mary Poppins, mientras metía la llave en la cerradura.

—¿Quieres decir que es para llevar alfombras?

—No. Que está hecha de alfombras.

—Ah, ya entiendo —dijo Michael; pero la verdad es que no entendía nada.

Cuando abrió la bolsa, Jane y Michael se quedaron sorprendidísimos al comprobar que estaba completamente vacía.

—Pero, ¡si no hay nada dentro! —dijo Jane.

—¿Cómo que nada? —repuso Mary Poppins, incorporándose y mirándola como si se sintiera muy ofendida—. ¿Que no hay nada dentro, dices?

Y al momento sacó de la bolsa vacía un delantal blanco, todo almidonado, y se lo ató a la cintura. A continuación, extrajo una gran pastilla de jabón, un cepillo de dientes, un paquete de horquillas, un frasco de perfume, una pequeña butaca plegable y una caja de pastillas para la garganta.

Jane y Michael lo miraban todo como hipnotizados.

–Pero, si yo *lo vi* –susurró Michael–. Estoy seguro de que estaba vacía.

–¡Calla! –dijo Jane, mientras Mary Poppins sacaba un frasco bien grande, con una etiqueta en la que ponía: «Una cucharadita antes de acostarse».

El frasco llevaba una cuchara atada al cuello, y Mary Poppins vertió en ella un líquido de color carmesí oscuro.

–¿Es tu medicina? –preguntó Michael, muy interesado.

–No, la vuestra –dijo Mary Poppins, alargando la cuchara hacia él. Michael la miró un momento, y luego, arrugó la nariz y empezó a protestar.

–No la quiero. No la necesito. ¡No me la voy a tomar!

Pero Mary Poppins tenía los ojos clavados en él y, en ese preciso instante, Michael se dio cuenta de que era imposible mirar a Mary Poppins y desobedecerla. Había en ella algo extraño y asombroso, algo que daba miedo y, a la vez, resultaba la mar de emocionante. La cuchara se le acercó un poco más. Contuvo el aliento, cerró los ojos y tragó. Un sabor delicioso le inundó la boca. Rebañó con la lengua por dentro y, al tragárselo del todo, se le iluminó el rostro con una sonrisa de felicidad.

–Helado de fresa –dijo, extasiado–. ¡Más, más, más!

Pero Mary Poppins, cuyo rostro había vuelto a adquirir la expresión severa de antes, ya estaba vertiendo una dosis para Jane. Un hilillo de tonos plateados, amarillos y verdosos cayó en la cuchara. Jane lo probó.

–Refresco de zumo de lima –dijo, relamiéndose de gusto. Pero al ver que Mary Poppins se dirigía hacia los gemelos con el frasco, salió corriendo detrás de ella.

–No, por favor. Son demasiado pequeños. No les sentará bien. ¡Por favor!

Mary Poppins, sin embargo, no le hizo ni caso y, mientras fulminaba a Jane con una mirada de advertencia, inclinó la cucharilla hacia la boca de John. El bebé chupó con ansia y, por las pocas gotas que cayeron en el babero, Jane y Michael adivinaron que, esta vez, la sustancia que había en la cuchara era leche. Le dio luego una ración a Barbara, que se la tragó con un gorgoteo y rebañó dos veces la cuchara.

A continuación, Mary Poppins vertió otra dosis y, con mucha solemnidad, se la tomó ella misma.

–Ponche de ron –dijo relamiéndose, mientras ponía el tapón al frasco.

Los ojos de Jane y de Michael estaban a punto de salirse de las órbitas de asombrados que estaban, pero no tuvieron tiempo de seguir maravillándose, porque Mary Poppins, tras dejar aquel frasco milagroso en la repisa de la chimenea, se volvió hacia ellos, y dijo:

–Y ahora, corriendo a la cama.

E inmediatamente empezó a desvestirlos. Les llamó mucho la atención que los mismos botones y corchetes que tanto se le resistían a tata Katie, Mary Poppins conseguía que se desabrocharan casi sólo con mirarlos. En menos de un minuto ya estaban metidos en la cama, observando a Mary Poppins a la tenue luz de la lamparilla mientras deshacía el resto de su equipaje.

De la bolsa salieron siete camisones de franela y cuatro de algodón, un par de botas, un juego de dominó, dos gorros de baño y un álbum de postales. Lo último en salir fue una cama plegable –mantas y edredón incluidos– que Mary Poppins desplegó entre las cunas de John y de Barbara.

Jane y Michael, acurrucados en la cama, no le quitaban ojo. Todo aquello era tan sorprendente que no se les ocurría qué decir. Pero los dos sabían que algo extraño y

maravilloso había sucedido en el número diecisiete de la calle del Cerezo.

Mary Poppins se metió por la cabeza uno de los camiones de franela y empezó a desvestirse por debajo, como si estuviera metida dentro de una tienda. Michael, fascinado con la llegada de tan extraña novedad, no pudo seguir callado, y la llamó:

–Mary Poppins, ¿verdad que no nos dejarás nunca?

Ninguna respuesta surgió de debajo del camisón. Michael no lo pudo soportar e insistió con ansia:

–¿Verdad que no nos dejarás?

La cabeza de Mary Poppins emergió por la parte de arriba del camisón. Su cara tenía una expresión feroz.

–Si me llega de ahí una sola palabra más, llamo al guardia –dijo con tono amenazador.

–Yo sólo quería decirte –empezó a hablar Michael mansamente– que nos gustaría que te quedaras mucho tiempo con nosotros y... –Se sonrojó y, de confundido que estaba, fue incapaz de seguir.

Mary Poppins, sin decir ni una palabra, miró primero a Michael y luego a Jane y, finalmente, dio un resoplido.

–Me quedaré hasta que cambie la dirección del viento –se limitó a decir, y acto seguido sopló la vela y se metió en la cama.

–Bueno, está bien –dijo Michael, hablando en parte para sí y en parte para Jane. Pero Jane no le escuchaba. Estaba pensando en todo lo que había ocurrido y haciéndose un montón de preguntas.

Así fue como Mary Poppins se quedó a vivir en el número diecisiete de la calle del Cerezo. Y aunque a veces se echaban de menos los tiempos más tranquilos y corrientes, cuando era tata Katie quien llevaba la casa, en conjunto, todo el mundo quedó contento con la llegada de

Mary Poppins. El señor Banks estaba contento, porque, al venir por sus propios medios, no había creado problemas de tráfico, y así él no se había visto obligado a darle una propina al guardia. La señora Banks estaba contenta porque pudo contarle a todas sus amigas que *su* niñera estaba tan a la última que no creía que hubiera que dar referencias. La señora Brill y Ellen estaban contentas porque podían pasarse el día entero tomando té bien cargado en la cocina y no tenían que presidir las comidas de los niños. Y Robertson Ay también estaba contento porque Mary Poppins sólo tenía un par de zapatos y, además, ella misma se los limpiaba.

Pero nunca nadie supo qué era lo que Mary Poppins sentía, porque Mary Poppins nunca le contaba nada a nadie.



2. El día libre

–Un jueves de cada tres y dos de ellos hasta las cinco
–dijo la señora Banks.

Los ojos de Mary Poppins le dirigieron una mirada severa.

–La gente más distinguida da uno de cada dos jueves, y uno de ellos hasta las seis. No pienso aceptar otra cosa, y si no... –Mary Poppins hizo una pausa, y la señora Banks se dio perfecta cuenta de lo que esa pausa significaba. Quería decir que si no lograba lo que quería, Mary Poppins se marcharía.

–Está bien, está bien –se apresuró a decir la señora Banks, aunque pensaba que era un fastidio que Mary Poppins estuviera mucho más al tanto que ella de cuáles eran las costumbres de la gente distinguida.

De modo que Mary Poppins se puso sus guantes blancos y se metió el paraguas bajo el brazo; no porque estuviera lloviendo, que no lo estaba, lo que ocurría era que el paraguas tenía un mango tan bonito que daba pena dejárselo en casa. ¿A ver quién se deja en casa un paraguas que tiene por mango una cabeza de loro? Por otra parte, Mary Poppins era muy presumida, y le gustaba ir siempre impecable. De hecho, estaba convencida de que siempre lo iba.

Jane la saludó con la mano desde la ventana del cuarto de los niños.

–¿Adónde vas? –le preguntó.

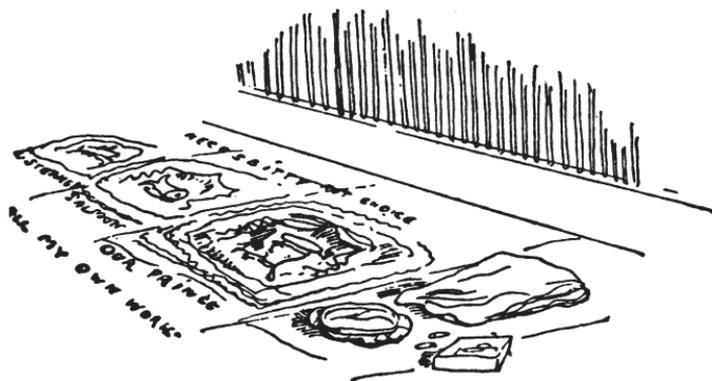
–¿Quieres hacer el favor de cerrar esa ventana? –replicó Mary Poppins, y la cabeza de Jane volvió a meterse rápidamente para dentro.

Mary Poppins bajó por el sendero del jardín y abrió la verja. Una vez en la calle, comenzó a andar muy deprisa, como si tuviera miedo de que fuera a escapársele la tarde si no conseguía seguirle el paso. Al llegar a la esquina, dobló primero a la derecha y luego a la izquierda, dedicó un altivo saludo con la cabeza al guardia, que le dijo que hacía un día muy bueno, y fue entonces cuando tuvo por fin la sensación de que su día libre había comenzado.

Se detuvo junto a un coche aparcado, y ayudándose con el reflejo del parabrisas, se enderezó el sombrero, se alisó el vestido y apretó con firmeza el paraguas bajo el brazo para que el mango o, mejor dicho, el loro, quedara bien a la vista. Tras estos preparativos marchó al encuentro del cerillero.

El cerillero en cuestión tenía en realidad dos profesiones. A diferencia de lo que suele hacer un cerillero corriente, él no se limitaba a vender cerillas, sino que además pintaba cuadros en la acera. Alternaba entre uno y otro oficio, dependiendo del tiempo que hiciera. Si el día era lluvioso, vendía cerillas, pues si se hubiera dedicado a pintar, la lluvia le habría borrado los cuadros. En cambio, si hacía bueno, se pasaba todo el día de rodillas, pintando cuadros en las aceras con tizas de colores. Y tardaba tan poco en hacerlos que, antes de que a uno le hubiera dado tiempo a doblar la esquina, ya había pintado una acera entera y buena parte de la otra.

Aquel día en concreto –un día muy bueno, aunque algo frío– se encontraba pintando. Estaba a punto de



añadir un cuadro con dos plátanos, una manzana y una cabeza de la reina Isabel a la larga hilera de cuadros que ya había pintado, cuando se le acercó Mary Poppins de puntillas para darle una sorpresa.

–¡Eh! –le llamó en voz baja Mary Poppins.

Pero él siguió añadiendo vetas marrones a uno de los plátanos y rizos marrones a la cabeza de la reina Isabel.

–¡Ejem! –dijo Mary Poppins con una tosecilla muy refinada.

Sobresaltado, el cerillero se dio la vuelta y, entonces, la vio.

–¡Mary! –exclamó, y por la forma en que lo dijo era fácil deducir que Mary Poppins era una persona muy importante en su vida.

Mary Poppins bajó la mirada y frotó dos o tres veces la punta de uno de los zapatos contra la acera. Le dirigió luego una sonrisa al zapato, pero lo hizo de tal manera que éste no pudo por menos que darse cuenta de que aquella sonrisa, en realidad, no iba dirigida a él.

–Es mi día libre, Bert –dijo ella–. ¿Es que ya no te acuerdas? –Bert era el nombre del cerillero, aunque su nombre de los domingos era Herbert Alfred.

–Claro que me acuerdo, Mary –dijo–, pero... –se calló y miró apenado a su gorra. Estaba tirada en el suelo junto al último cuadro que había pintado y dentro había dos peniques. La recogió e hizo tintinear las monedas.

–¿Eso es todo lo que has sacado, Bert? –dijo Mary Poppins, y su voz expresaba tanta alegría que nadie diría que estaba decepcionada.

–Absolutamente todo –dijo–. Hoy no se ha dado bien el negocio. Quién iba a decir que la gente no estaría dispuesta a pagar por ver unos cuadros como éstos –dijo, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al retrato de la reina Isabel–. Pero así están las cosas, Mary –añadió, con un suspiro–. Me temo que hoy no voy a poder llevarte a merendar.

Mary Poppins pensó en los pasteles de mermelada de frambuesa que solían tomar en su día libre, y estaba a punto de escapársele un suspiro, cuando se fijó en la cara del cerillero. Con gran habilidad, se las ingenió para convertir el suspiro en una de sus mejores sonrisas, con ambas comisuras bien vueltas hacia arriba, y dijo:

–Da igual, Bert. No te preocupes. Prefiero no ir a merendar. La verdad es que la merienda siempre me ha parecido una comida demasiado pesada.

Y eso, si se piensa en lo mucho que le gustaban a Mary Poppins los pasteles de frambuesa, fue un gesto muy bonito por su parte.

Lo mismo debió pensar el cerillero, porque cogió a Mary Poppins de las manos, que llevaba enfundadas en unos guantes blancos, y se las apretó con fuerza. A continuación, se pusieron a caminar agarrados por delante de la hilera de cuadros.

–¡Mira, *ése* no lo has visto nunca! –dijo el cerillero, señalando con orgullo una pintura que representaba